internarse pocas leguas, naturalmente debieron aprovechar tan magnífica posición para hacer más firme su dominación en aquellas comarcas.

Ronda, pues, en tiempo de su conquista, se asentaba, como queda dicho, sobre la meseta de la mitad de la montaña que cae al Sur; por el Norte la defendía la profundidad del precipicio llamado el Tajo; por Oriente y Poniente altísimas peñas tajadas, sobre las cuales se erguan robustas murallas torreadas; una empinada ladera interrumpida en una extensión de doscientas varas, por la parte de Poniente, la línea de aquellas peñas, y en aquel paraje se destacaba una muralla, que todavía se conserva y que enlaza el borde del precipicio con una alta peña (la Peñuela) de forma cónica, destacada a manera de una elegante torre. Por el Sur comienza á declinar la montaña en estrecha pendiente, y en este punto, el único accesible, al principio del declive, se levantaba majestuoso y terrible sobre una elevación de 180 pasos geométricos, un fortísimo y grandioso alcázar hoy triste y deforme montón de escombros, cerrando completamente con su inmensa mole aquella entrada, y dominando con su prodigiosa altura todas las colinas y valles al alcance de los tiros de la artillería.

Al abrigo de las murallas del alcázar la población comenzó á extenderse, ocupando primero lo que antiguamente, después de la conquista, se llamó Villa del Espíritu Santo, y hoy es la calle del mismo nombre estrecha y pendiente. Para guarecer esta nueva parte de la población se construyó un doble muro torreado que daba al frente al Sur, y que unido á las murallas del alcázar iba á enlazarse con la muralla que se prolongó al mismo tiempo siguiendo el declive de la montaña por la parte de Oriente. En el punto medio del doble muro, frente al Sur, se formó un tambor y en él se abrió la puerta principal de la ciudad, llamada de Almokafar. Frente á esta puerta se extendió una pequeña llanura circunvalada por enormes peñascos, que los continuados barrenos con que por espacio de cuatro siglos han sido batidos, no han podido destruir; por esta llanura se extendió la población formando un lindo arrabal, hoy llamado barrio de San Francisco; y también se extendió al abrigo de las murallas al Oriente, formando el arrabal que después de la conquista se llamó de San Miguel, y del cual hoy solo quedan algunos edificios que sirven de fabricas de curtidos y de objetos de alfarería; los dos arrabales fueron también cercados por un fuerte muro torreado; el segundo arrabal estaba ceñido por un arroyo que va á desembocar en el río, á la entrada del precipicio; este arroyo (el de las Culebras), con la colina que á su derecha se levanta, y que hoy se denomina el Cerro de la piedra, formaba un foso natural; esta colina dominaba gran parte del arrabal, pero á su vez era dominada á tiro de arcabuz por las altas murallas de la ciudad. Este arrabal comenzaba á extenderse entonces al otro lado del con el nombre de Mergadillo que seguramente procedería de que en aquel sitio, estramuros de la población, los moros, según su costumbre, tendrían alguno de sus mercados. La orilla izquierda del río, que era donde terminaba el segundo arrabal ó arrabal bajo de la ciudad, se comunicaba con la orilla opuesta por el pequeño puente construido casi al entrar el río en el precipicio del Tajo, y que hoy se le denomina puente de las Curtidurias. En el extremo del arrabal bajo que tocaba en este puente, se hallaba la otra puerta principal de la ciudad, la cual se llamaba puerta de la Puente. Además de esta puerta y de la de Almokafar, que eran las principales, había otras dos para el servicio de los moradores de la ciudad: una á la parte de Levante, que se denominaba puerta del Acijara (hoy se dice por corrupción del lenguaje Ecijara), que por un camino estrecho y pendiente se comunicaba con la puerta de la Puente, y otra á la parte de Poniente, que se llamaba de los Molinos, donde hoy está la plazuela del Campillo. Saliendo de esta última puerta se comienza á descender las empinadas laderas de que antes hemos hablado, hasta llegar á la fuerte muralla que enlaza en aquel paraje las peñas tajadas de la montaña, y al mismo tiempo defende y abriga con sus fuegos á los molinos construidos en un reborde inclinado de las rocas.

Ronda contaba para su defensa con los soldados más valerosos del reino granadino: los fieros Gomezes, mandados por su terrible caudillo el Alcaide Hamet el Zegri; y la Serranía, sobre cuyo distrito la ciudad ejercía jurisdicción, estaba muy poblada; todos los pueblos estaban fortificados, y sus habitantes eran robustos, valientes, intrépidos, ágiles y muy diestros en el manejo de la ballesta y de la espingarda.

Para tomar á Málaga era indispensable apoderarse antes de Ronda y dominar la Serranía; pero la empresa era árdua, exigía grandes preparativos y el sacrificio de muchos hombres. El Ejército castellano, para venir sobre Ronda, tenía que atravesar lo menos ocho leguas de sierras tan escarpadas y terrenos tan escabrosos, de que hoy el viajero que transite por aquellas comarcas puede formarse exacta idea: el formidable tren de artillería que debía acompañarle hacia más embarazosa su marcha, la cual debía presumirse que sería un continuo combate. Salvadas las

sierras que ocultan la vista de Ronda, el Ejército tenía que descender al valle circular por la parte del Norte y ejecutar una peligrosa marcha por espacio de tres leguas, presentando el costado izquierdo á la Serranía y el derecho á la población, punto objetivo de las operaciones, á través de un terreno montuoso, cubierto de espesos bosques de robles y encinas, que han desaparecido en gran parte después de la conquista, hasta situarse al Sur de la ciudad, en posesiones dominadas precisamente por la artillería de la misma, y amenazadas por la espalda y los costados por las poblaciones más belcosas y agresivas de la Sierra. Además, era indispensable tomar á Ronda en pocos días, porque si el sitio se prolongaba, el Ejército, por numeroso que fuese, se consumiría en combates incessantes de día y de noche: si el invierno sorprendía al Ejército en aquella operación, quedaba incomunicado; y si desistido de su empresa y ya mermado por los combates levantaba el campo, en la retirada es lo más probable que se hubiese renovado los desastres de la Ajarquia. Ronda, bien abastecida, como lo estaba siempre á causa de su importancia militar, no era posible rendirla por hambre: el agua no podía faltarle, porque los desgraciados cautivos la subían en zaqueos por la escalera abierta en la roca, cuya boca inferior estaba fortificada y no se la podía combatir con artillería; y el tomar y destruir los molinos era operación que hubiese costado algunos miles de hombres al Ejército sitiador. Ronda, pues, con toda su guarnición hubiera podido resistir perfectamente un año ó más de sitio, y el Ejército sitiador, por las circunstancias indicadas, y por las condiciones del reclutamiento en aquel siglo, no podía sostenerse tanto tiempo al frente de la ciudad. Hé aquí, pues, como D. Fernando el Católico resolvió este difícil problema de una manera que hace grande honor á su talento militar.

En los últimos días del mes de Abril de 1485, el Ejército cristiano había conquistado las villas de Coin, Cartama, Benamaquer y otras muchas de menor importancia que se rindieron á consecuencia de aquellas. Hamet el Zegri, el valeroso Alcaide de Ronda, había hecho grandes esfuerzos para salvarlas, pero viéndolas perdidas se dirigió con sus fieros gomeres á tomar venganza en las ricas campiñas de Medina-Sidonia. La primavera se hallaba muy adelantada y el tiempo de la recolección se acercaba, en que las milicias de las ciudades que acompañaban al Ejército y la mayor parte de la gente de las mesnadas, tenían que acudir á la faena de los campos. El Rey no se hallaba satisfecho con los resultados de aquella campaña y deseaba terminarla con un hecho más notable é importante. Supo el Marqués de Cádiz, por un espía suyo, el desamparo en que quedaba Ronda por la ausencia de su guarnición, y se lo comunicó al Rey, el cual resolvió en el momento caer sobre ella. En el Consejo de guerra que se celebró hubo encontrados pareceres: algunos de los cabos principales se opusieron á poner en ejecución semejante proyecto en aquella ocasión, "por ser la ciudad muy fuerte, el lugar de su asiento muy áspero y trabajoso el cerro que sobre ella se pusiese por la multitud de los moros "que en las sierras cercanas moraban." No obstante resuelto á llevar adelante tan atrevida operación, el Rey salió con el Ejército fingiendo dirigirse á Loja para llamar sobre aquel punto la atención de los moros. En la primera jornada destacó, silenciosamente y con orden de que procurasen encubrir con sus movimientos el verdadero punto á que se dirigían, al Marqués de Cádiz, al Almirante D. Pedro Enriquez, á D. Furtado de Mendoza, Capitán de las tropas del Gran Cardenal, y á Rodrigo de Ulloa, Contador mayor de cuentas, con 3.000 caballos y 8.000 peones, para que bloqueasen á Ronda é impidiesen la entrada y la salida de gente en ella. Dos días después destacó en refuerzo de dichos Capitanes, y principalmente con el objeto de ocupar los pasos más difíciles del camino, el Conde de Benavente con 2.000 caballos y 4.000 peones. Llegó el Rey á las orillas del río Guadalhorce, y en lugar de seguir río arriba, revuelve velozmente, y atravesado á marcha forzada los prados de Antequera y los campos de la villa de Teba, se presenta con todo el Ejército á la vista de Ronda, sorprendiendo á sus habitantes y llenándolos de espanto y temor.

Todo el Ejército se componía de 40 á 50.000 hombres con un formidable tren de artillería, en que se veían desde las más gruesas lombardas hasta los más pequeños rivedoquines, y multitud de otros ingenios para lanzar piedras enormes, gruesas ballestas, y fulminar la muerte y la destrucción por todas partes. Para poder apreciar todo el mérito de la operación ejecutada con tanta rapidez por el Rey D. Fernando, es necesario tener una idea de lo que era un Ejército en la edad media; del inmenso número de carretas y bagajes que ocupaba la artillería, y conocer el terreno áspero, enmarañado y escabroso por donde atravesó, y figurarse la fisonomía de este terreno tenia entonces, todo él cubierto de maleza y monte bravo, casi hasta las murallas de la ciudad.

(Concluirá.)

Naufragio del Sully en las costas de Trebisonda.

En la tarde del 25 de Febrero el *Sully*, paquebote de vapor perteneciente á las Mensajerías Imperiales, y que ejecutaba la travesía del mar Negro, arrojó el áncora en la rada de Trebisonda, antigua ciudad de magnates, que no ha conservado de su pasado esplendor más que su pintoresco sitio.

La noche se acercaba, y el viento, que soplabá del O. S.-O., saltó de repente al N.-O. y una terrible tempestad se desencadenó sobre el mar que los Griegos habían apellidado *inhospitalario*. La ráfagas cargadas de nieve envolvieron muy pronto al buque, sacudido en todos sentidos por furiosas olas. El huracán era tan fuerte, que en algunos minutos las cadenas de las anclas estaban rotas. El *Sully* había tocado al fondo antes de haber podido servirse de su máquina. El buque, encallado, era herido sin merced por la onda que barria el puente. La situación era espantosa: tuvo que pensarse en el salvamento. El más valeroso de los intrépidos marinos debía dar el ejemplo. M. Marcial Fournier, el joven segundo del buque, envejecido ya por tres años de navegación en los mares polares, sintió latir en sus venas, en el momento del peligro, la sangre generosa del marino. No dando oídos más que á su valor, había tomado ya un cable y se disponía á arrojarle al furioso mar para establecer una estacha, cuando un valiente marino le arranca el cable de las manos y le dice: "Si yo muero, no faltan marineros que me reemplacen, en lugar que después del capitán no hay más que usted para cuidar del salvamento."

El intrépido marino tuvo la dicha de nadar hasta tierra, en donde fijó la estremidad de la cuerda por medio de la cual toda la tripulación pudo llegar á la costa.

El capitán y el segundo, Fournier, permanecieron á bordo hasta la mañana siguiente. Estos dos oficiales, cuya conducta merece todo elogio, no abandonaron el buque sino hasta hallarse convencidos de que nada había que hacer para salvar al *Sully*.

La tripulación y los pasajeros han sido recibidos en Trebisonda por M. Reboul, agente de las Mensajerías Imperiales. El cónsul de Francia se ha apresurado también á ofrecer sus servicios á los naufragos, quienes lo perdieron todo en aquella terrible noche del 25 de Febrero.

El segundo, Fournier, se ha quedado en Trebisonda con algunos hombres de buena voluntad, para recoger lo que se pueda salvar del *Sully*.

Estamos convencidos de que no le faltará ánimo si es necesario exponerse aun para librar algunos restos. Ha probado que comprendía y que amaba el oficio de marino, el rey de los oficios, como le llaman sus adictos, en los momentos de generoso entusiasmo.

NAUFRAGIO DE L'EUROPE.

La noche del 28 al 29 no se trabajó más que dentro del buque en las bombas, en rellenar barriles de agua dulce, etc. Refrescó un poco el viento, y la poca marejada que levantó haría trabajar bastante al buque, lo que hizo nuestra situación muy angustiosa, y sin embargo, la gente esperó el día con la ansiedad consiguiente, pero con mucho orden y sufrimiento.

La fragata era un clipper de 2.000 toneladas; nuevo, aparejado y surtido todo con lujo, y con la feliz circunstancia de estar distribuido en tres secciones en toda su manga, lo que hizo que hasta la madrugada del 29 no hiciera agua de popa, estaba completamente cargada la mayor parte por los franceses, y un resto con el campamento, hospital, almocenes, municiones, equipajes y demás efectos de nuestro ejército. El número total de individuos que salimos de Turon sobre el *Europe* era de 317 de las clases siguientes:

Dotacion.

Capitan.....	1
Pilotos.....	2
Marinería europea.....	42